

indispuesta y se quedó sentada en su canapé, suspensa y triste; las evacuaciones coléricas se le declararon cerca del medio día.

El médico áulico llega y le administra la ipecacuana, el té, el alcanfor, etc. Había tenido ya algunos vómitos coléricos. Sus evacuaciones vienen á ser blancas y llenas de copos; en el momento esta pobre vieja cumple con el adagio griego de vaciarse como un saco de harina, volviéndose un esqueleto viviente!

Las fricciones continuas y las bebidas ardientes no han podido disminuir el frío de las extremidades. A las dos de la tarde su piel es lívida, principalmente en las extremidades: no hay calambres ni contracciones espasmódicas, pulso perdido y frias las extremidades. Todos los síntomas coléricos le sobrevienen mas ó menos fuertes. Murió el 14 á las nueve de la noche, once horas despues de haber tenido las evacuaciones coléricas, y cuatro días despues de haberse manifestado la enfermedad.

*El hermano Stephanos* era el mas erudito de los médicos griegos; sus estudios los habia hecho en Viena, y habia ejercido en Esmirna. Le vi cuando pasé por Viena en el mes de agosto con la mejor salud. Talla mediana, cara roja oscura, carrillos rosados, ojos negros, cara y frente griega, hermosa cabeza, excelente juicio, lleno de bondades, pero le faltaba el órgano de valor, segun el sabio Gall, lo que fue perfectamente justificado: pletórico, de edad de cuarenta y cinco años; vomitaba muchas veces y fácilmente; era su enfermedad ordinaria. Se mantenía con moderacion, sobre todo desde la aparicion de la cólera. El 14 comió ligeramente, aunque con miedo, se sentia bueno: no obstante algunas evacuaciones líquidas le inquietaban despues de algunos días (las despreciaba como todo el mundo, y como yo mismo), las que habian empezado desde la muerte de su madre, esto es á las once de la noche. Lo mismo que ella, el 14 de setiembre, despues de haber tomado una taza de café con leche, se sintió enfermo: inquietud en el vientre, cólicos ligeros, evacuaciones líquidas fecales; el miedo se apodera de él; dolores á la region epigástrica. Las evacuaciones se vuelven coléricas, frecuentes; los vómitos se siguen.

Toma luego la ipecacuana en polvo, y vomita muchas materias de toda especie: fricciones desesperadas para producir el sudor, y le causan mayor frialdad: botellas de agua hirviendo, ladrillos y cenizas ardientes se emplean á las extremidades, sin fruto; pues despues de haberlas cuasi quemado quedan aun frias.

El pulso desaparece; no hay calambres; toma el alcanfor continuamente, el almizcle, el castóreo, etc. que el estómago arroja.

Un médico áulico M.... llega á su casa nueve horas despues de la invasion; ordena doce sanguijuelas al epigastro, sin impedir los estimulantes. Valeriana, alcanfor, serpentaria, árnica; el agua fria le es prohibida expresamente por los médicos, como á los demas coléricos de esta desgraciada familia: las sanguijuelas sacan muy poca sangre.

Sed ardiente excesiva; las entrañas roidas de dolores y devoradas por una llama, segun las expresiones de la persona que me cuenta su enfermedad. Voz enteramente colérica; habla difícilmente; inteligencia buena; arregla aun en los últimos momentos de su existencia, los negocios de familia, y da consejos á los que van á sobrevivirle.

Calambres muy ligeros en la tarde del 15, la cara se hunde, se arruga; el vientre se deshace, y afloja, los ojos *huyen* al fondo de la órbita, y el pobre médico teniendo aun su razon entera, el alma pura y una viva afecion para sus sobrinos, hace esfuerzos para explicarles algunos pasages de su testamento, monumento de bondad y virtud; pero la voz le abandona, y espira á las veinte y cuatro horas del principio de la enfermedad, y cuatro días despues de la aparicion de la diarrea *despreciada* (1).

*La muger de OEconomos*, de edad de cincuenta años, estaba pálida (2) habitualmente, y sus encías arrojaban sangre: fue atacada de la cólera el 15 de setiembre. Los mismos síntomas con corta diferencia, los mismos médicos, el mismo tratamiento, sin sangrias generales ni locales, sin bebidas frias, y si siempre ardientes: los vomitivos, los estimulantes, los tónicos, los corroborantes, los antispasmódicos, los vejigatorios y sinapismos, etc., le fueron suministrados en abundancia.

Una diferencia solamente se presenta en ella, y es que su cólera se transforma en *fiebre nerviosa, tifóida, tifus*. Murió el 17 del mismo mes.

*La hija pequeña*. Esta infortunada huérfana queda medio

(1) Cuidado con las diarreas: yo hubiera sido tambien víctima de la diarrea, si la suerte me hubiese rodeado de médicos áulicos; mi médico era un pobre é ignorante judío: él entendió mi razon. (*Nota del autor.*)

(2) He visitado esta interesante familia en mi pasage por Viena en agosto, veinte días antes de su catástrofe.

viva, rodeada de cadáveres, ¡ espantoso espectáculo, que le quita su grande sensibilidad, y la hace indiferente! Fatigada por sus estudios profundos del latin, del griego antiguo, del aleman, del frances, etc., el afecto que sentia para todos los miembros de su familia, la habia de tal modo cegado, que los cuidaba aun teniendo la diarrea colérica; y en este estado no guarda la cama hasta el 16 de dicho mes, dos dias despues de la invasion de la diarrea (1).

Anthea (es su nombre, flor) tiene continuas evacuaciones y vomita materias coléricas, su valor no la abandona, y su inteligencia le sugiere pensamientos lisonjeros. Es atacada poco mas ó menos de todos los síntomas coléricos: lengua roja, negra (tenia un espejo delante de ella durante la enfermedad); dientes tambien negros, sed devorante, calor insoportable, incendio(2) (decia ella) en lo interior del bajo-vientre, que se propagaba hasta la mitad del torax, siempre en el interior, repetia ella; vomitaba toda cosa dulce que tragaba.

Los mismos médicos áulicos le prodigan (no hay sangria ni general ni local) los vomitivos, el té muy caliente, el almizcle, el alcanfor, la serpentaria, la valeriana, etc., etc.; todos los estimulantes, los espasmódicos, los epispáticos, etc., etc.; el agua fresca le es prohibida por los mismos médicos de la corte; pero la criada piadosa, que la amaba, y el hermano, que la idolatraba, le proporcionan *agua fria* y limones en abundancia, limones que devora (es la expresion de la niña), y se salva (3)! Algunos dias antes de ser atacada de la cólera, sentia una felicidad inexplicable.

*Algunos ensayos de mi práctica en Viena.*

Viajaba de Pember á Viena, con M. Perelli, que iba á heredar de su padre á Nápoles, y otro jóven, cuyo nombre he olvidado, hábil pintor galiciano, que iba á Roma por estudiar los monumentos de las bellas artes; nos acompañaban tambien dos oficia-

(1) Toda esta familia diarreaica hubiera curado, si se le hubieran detenido los prodromos de su enfermedad, ó si se la hubiese tratado convenientemente desde la aparicion de la cólera: ignoro si la madre tenia diarrea, mis notas no me instruyen de ello. (Nota del autor.)

(2) Antea, escapada de la carnicería, me contó su historia, y la de sus desgraciados padres mejor que un nosógrafo. (Nota del autor.)

(3) Este incendio yo le tenia, y sentia durante mi enfermedad en el hipogastro: no tenia sed, el estómago no estaba atacado de cólera.

les austríacos, el uno Galiciano, y el otro Ingles. Estos cuatro compañeros empezaron en el camino á beber mas aguardiente que agua, y bebian noche y dia sin cesar. Yo conseguí convencer los dos primeros de las consecuencias que iban á tener, si no se abstentian; pero los militares se mantuvieron firmes, y siguieron el vicio. M. Parnel, que era uno de ellos, fue atacado, el cuarto dia de nuestro viage, de vómitos no coléricos, de una bronchita y de una epistaxis: á pesar de esto continuó comiendo y bebiendo de cuando en cuando, pero sin gusto.

Pavlosky vive en la posada *Ignatz Wagner*; este hermoso mozo, de veinte y seis á veinte y siete años, capitán del 2º regimiento de cazadores, llegado á Viena por negocios de familia, es el cuarto de mis camaradas de viage: él me estimaba, y me tenia particulares consideraciones: acababa de sufrir una fiebre nerviosa en Galicia. Llegado á Viena, comete mil excesos. El 11 de febrero me llama á su casa, á las diez de la mañana: tenia la diarrea colérica desde las dos de la mañana: no quiere ir al hospital, por una especie de horror que tenia á este asilo. Las evacuaciones son abundantes, pero sin esfuerzos; el hipogastro doloroso y un poco sensible á la presion; nada de orina, cabeza tranquila, ojos y cara en buen estado, lengua pálida, sed moderada, voz colérica; traga fácilmente; ningun dolor en la garganta: *pharnix roja* (1); corazon *temblante*, pulso pequeño y sin frecuencia; las extremidades bastante calientes aun. Le ordeno una lavativa de aceite de almendras dulces con treinta gotas de láudano, reposo en la cama caliente, y con mantas ó cobertores rodeados de botellas de agua hirviendo, y limonadas azucaradas: nada mas.

Dos horas despues volví (2). El enfermo vomita materias coléricas, y arroja en las evacuaciones materias coléricas: está extremadamente fatigado, no tiene pulso, extremidades frias: ojos hundidos, cabeza adolorida, entendimiento bueno, sed muy viva, ardor en el estómago, y en todo el bajo-vientre, que estaba bastante caliente: no habia cianosis, ni calambres, ni contracciones espasmódicas.

*Prescripcion.* 1º Sobre el cartilago tiróide y al rededor del fa-

(1) Las otopsias me han abierto los ojos.

(2) ¡ Qué falta! Yo no debia perder dos horas, que pueden costar la vida á un colérico: es una enfermedad que no admite expectacion.

ringe ó fauces, treinta sanguijuelas; cataplasmas emolientes laudanizadas en el momento que caigan.

2º Sobre el epigastro y hácia el hipocondrio derecho, cuarenta sanguijuelas: las mismas cataplasmas á su caída.

3º En el ano, quince sanguijuelas.

4º Fomentaciones emolientes calientes y continuas sobre el abdomen.

5º Agua gomada acidulada con el ácido del limon, y cuatro gotas del agua de flor de naranja en cada vaso: beber continuamente, pero á pequeñas cucharadas.

6º Botellas de agua hirviendo sobre los cobertores; cuarto caliente, ventanas entreabiertas continuamente en el día.

Despues de la caída de las sanguijuelas y las aplicaciones de las cataplasmas laudanizadas, empieza una mejoría sensible: todos los síntomas coléricos disminuyen poco á poco y desaparecen. Sondo al enfermo, y sale bastante orina; el calor vuelve á parecer en todo el cuerpo, y el pulso bate con un poco de frecuencia. Hácia las once se notan contracciones fuertes hácia las extremidades inferiores con calambres tan dolorosos en las pantorrillas, que le impiden la respiracion; el corazon paralizado de nuevo, y no hay orina (cateterizo segunda vez al enfermo): cataplasmas sobre el púbis y á los lomos. Las extremidades superiores estan tranquilas, pero los espasmos de las inferiores continuan sin alivio.

7º Veinte y cinco sanguijuelas desde el sacro hasta el medio de los lomos.

8º Cataplasmas bien calientes y muy laudanizadas despues de la caída de las sanguijuelas.

Los calambres disminuyen; las contracciones tetánicas persisten, pero en menos grado, hasta el 12 á mediodía, sin riesgo: desde entonces empiezan á disminuir mas sensiblemente de intensidad.

Luego sigue la mejoría: la cara vuelve, y todo lo demas se mejora lentamente. Queda la frecuencia del pulso, la sed, la inapetencia y el calor febril al epigastro: dieta, fomentaciones, limonada ligera helada y un poco aromatizada, á causa de las pequeñas náuseas que repetian de cuando en cuando: no hay vómitos, ni diarrea colérica.

El 13 y 14 la mejoría se aumenta: el 15 se confirma la con-

valecencia. El enfermo toma una decoccion de arroz acidulada, luego caldo de ternera, etc.

Tengo aun una cura bastante notable de Viena, pero motivos particulares me prohiben la publicacion: puedo leerla á cualesquiera médico que sea curioso de ella (1).

Encontré en Braunau, ciudad del imperio, al frente de Ulma, el médico de un regimiento austríaco, M. Barg. Madama la condesa de Fromberg-Mont-Joy y su hija me hablaron primero, en mi viage á Viena, de los sucesos que este médico habia obtenido contra la cólera en Hungría; me añadieron que está provisto de los certificados los mas honrosos. Llegado á dicha ciudad, donde habia oido se hallaba este médico, fui á su casa el 20 de febrero de 1831, por la tarde, acompañado de mi amigo el oficial polaco. M. Barg me da los razonamientos siguientes sobre la cólera.

He curado primero en Moravia, luego en Hungría, en los contornos de Vessely, Hobus, Hrudisch, gobierno de Bruen, país bajo, pantanoso, húmedo y abundante en frutas. (Contestan todos sus certificados auténticos, que habia tratado 517 coléricos, de los que habia curado 316: es el solo médico, de cuantos he encontrado, que haya salvado mas de la mitad de los coléricos).

Las otopias hechas por M. Barg no merecen traducirse; no son de un hombre completo en este arte, y presentan inconsecuencias, etc. Su modo curativo es el mismo que el del doctor Fabini

(2) Omito referir tambien la curacion de sesenta personas antes que fuesen atacadas de señales coléricas bien pronunciadas, ó desenvueltas: siempre bajo de una atmósfera colérica; yo soy una de ese número. Los medios que he empleado son simples: dieta, reposo, régimen, agua de arroz acidulada, arroz cocido con agua de limon por todo mantenimiento: una cataplasma simple sobre el hipogastro ha cortado muchas veces diarreas que amenazaban volverse coléricas. Por el mismo medio he impedido que tomasen un carácter grave las náuseas, aplicándolas sobre el epigastro; el agua de lechuga y algunos amargos me han hecho grandes servicios. He visto una aldea entera preservarse de la cólera por los amargos. Cuando una persona, á la menor incomodidad del vientre, sentia inquietud en el bajo-vientre, corria en casa del señor (M. Monstaze en Boucouvine) quien le daba un pequeño vaso de aguardiente hecho amargo con el agenjo; pero las pequeñas aplicaciones de sanguijuelas al epigastro, al hipogastro y al ano son las que han acertado mejor con un régimen severo. Yo las he aplicado en número de tres á quince. El aceite de almendras dulces por la boca y en lavativas, me ha parecido ser mejor en este período: es sin inconveniente cuando esta turbacion de vientre es reciente.

(Nota del autor.)

en Pesth, de quien se habla en esta obra, por la carnicería que hizo en Viena en la familia de OEconomos: lo que le ha salvado de su miserable método incendiario y dado su crédito, es el uso de las sanguijuelas que le ha servido de contraveneno, etc.

*Señales precursoras de la cólera, por el mismo M. Barg.*

Debilidad, ansiedad, lasitud, sensacion de frio en el interior, como si el enfermo fuese rociado de agua fria; dolores en la boca del estómago, y un fuego que se enciende en él, y zumbido en el bajo-vientre.

*Síntomas coléricos por el mismo, que traduzco solo por prueba de mi nota en la otopsia.*

Los síntomas precursoras son seguidos de una ansiedad viva; el enfermo se arroja sobre su cama; ojos fatigados, cristalinos, sombríos; figura excavada, encogida; los huesos de las mejillas ó pometes, predominantes; las alas de la nariz contraídas, y acercadas la una de la otra, como salpicadas; labios azules; lengua seca, puerca, amarillosa y puntiaguda; encías de color de heno ó estiércol, ligeramente ensangrentadas; calambres en las manos y piernas; las articulaciones de los dedos, de los pies y manos cerradas; voz *sui generis* colérica; manos y pies de color de fierro roñoso: es la estagnacion de la sangre que es la causa de este fenómeno (1). La orina deja de correr; las materias vomitadas son como suero, sin olor ni sabor; tétanos algunas veces en el primero, segundo y tercero estado, que hacia perecer en el momento (2); diarrea de la misma naturaleza que los vómitos, sin olor ni sabor.

*Tratamiento que me ha sido feliz. — Buen tratamiento.*

Antes de haber encontrado en mi viage médicos que hubiesen curado los coléricos por un tratamiento racional y fisiológico, despues de haber visto morir centenares y millares de hombres

(1) Nada de esto: es la desoxidacion ó desoxigenacion de la sangre, ó la carbonizacion que la forma.

(2) Es preciso ser consecuente: la apoplejía de la médula espinal produce este tétanos; era preciso atacarla por numerosas sanguijuelas á lo largo de los apofises espinosos; pero sobre todo desembarazar el bajo-vientre por el mismo medio.

bajo la influencia de los tratamientos, y sin exceptuar el mio, voy á exponer como me he comportado para acertar.

*1º Precauciones indispensables para que mi tratamiento acierte.*

— Luego que soy llamado á casa de un enfermo atacado de la cólera, ordeno que se le caliente su cuarto de dormir; le hago mudar de ropa, y que se ponga camisa, etc. limpia y bien caliente; la cama al principio sin sábanas (estas producen frio); en su lugar le hago poner una manta ó cobertor de lana muy caliente, en la que hago envolver el enfermo.

La cama calentada por todas partes con un calentador, rodeo el cuerpo del enfermo (ya envuelto) con botellas de agua hirviendo; pongo por encima otras mantas ó frazadas, y procedo al tratamiento de los síntomas.

*2º Vómitos coléricos tratados segun mi método.* — Es de la mas alta importancia que el médico se asegure desde cuando ha empezado la enfermedad, y cuáles son los síntomas característicos que se han dejado ver primero.

Si las extremidades estan frias, si el pulso no existe ya, es preciso continuar un cuarto de hora, y aun media hora, y dos horas cuando mas, á calentar, no la piel del enfermo (es preciso dejarle siempre en reposo), sino la manta ó cobertor que le envuelve y las que le cubren. Es preciso, con el calentador, repasar la cama exteriormente y muchas veces, y multiplicar las botellas de agua hirviendo: pasado este intervalo, preguntar al enfermo privado de pulso, cuáles son las partes del bajo-vientre donde siente dolores, calor ó ardor en el interior; si la enfermedad es nueva, ó si está convaleciente de alguna otra. Si es bien constituido, si la cara y las extremidades no estan negras, ciánicas ó lívidas, es preciso aplicarle treinta ó cuarenta sanguijuelas sobre el epigastro y sobre las partes del bajo-vientre adoloridas, ó al frente del órgano donde el calor, ardor ó el incendio son sentidos y confesados por el enfermo; pero si con las extremidades frias el pulso existe, el número de sanguijuelas se debe multiplicar sobre las mismas partes hasta ciento ó ciento y veinte.

Despues de su caída, el epigastro ó parte superior del bajo-vientre se debe cubrir de cataplasmas bien calientes; pero sobre estas cataplasmas, que deben estar entre dos lienzos, se debe derramar, mudándolas cada dos horas, ya sea la tintura de *belladona*, ó su extracto desleido en agua, ó ya sea la tintura de

*villorita* ó *azafran*, ó en fin de *opio*: la cantidad de estas tinturas debe variar de una dragma á una onza, y aun hasta dos.

Si el calor existe en el enfermo, como tambien el pulso; si es de una buena constitucion y bien mantenido, se le puede hacer una sangría general, y aplicar al mismo tiempo sanguijuelas, pero en menor número, y sobre las partes dichas: no obstante, las cataplasmas con las tinturas son de la mayor importancia en los vómitos de la cólera, sobre todo en las mugeres y los niños, despues de las sangrías generales ó locales.

Luego que la persona atacada de vómitos coléricos ha descansado media hora ó una en su cama con sus cobertores ó mantas calientes, es preciso darle de beber. Las bebidas deben ser graduadas del modo siguiente: primero, es preciso empezar por darle pequeñas cucharadas de agua clarificada: en un vaso de esta agua se debe poner de una á dos gotas de agua de canela ó de flores de naranja, ó de licor anódino mineral de Hoffman, añadiéndole algunas gotas de zumo de limon ó de naranja, ó una media dragma de jarabe de limon, ó una media gota de ácido sulfúrico, si el enfermo lo desea: esta agua puede ser ligeramente endulzada.

Media hora despues, este vaso que contiene el agua debe rodearse de nieve ó hielo, y administrada como arriba, continuamente, sin interrupcion, pero á pequeñas bocaradas. Antes que el enfermo tome el agua que debe tragar es preciso que se enjuague suavemente la boca con agua comun, á fin que el agua medicinal que traga, no lleve consigo las mucosidades de que la boca está llena, y el pus del paladar y faringe que estan muchas veces hinchados, y el de sus glándulas y foliculas llenas de este pus colérico.

Despues que el estómago está acostumbrado de este modo, es preciso empezar á administrarle el hielo, y en su defecto la nieve, en pedazos. Este hielo, reducido en pequeños pedazos, debe administrarse cada cinco minutos al enfermo, quien, despues de haberle guardado en la boca algunos instantes, se esforzará á tragarle, para que llegue entero en la cavidad del estómago. Son realmente un medio heróico estos pedazos de hielo tragados enteros.

De cuando en cuando es preciso que el enfermo tome algunas cucharadas de agua, si lo desea, juntamente con el hielo. Se puede poner un poco de jarabe de goma á esta agua; pero es

en otro sintoma que la he visto mas eficaz: en general, los vómitos no la admiten.

El vómito es dominado ordinariamente por estos medios; pero si persiste, que el pulso haya vuelto y el calor bien distribuido, es preciso volver á las sanguijuelas, sobre todo al rededor del faringe, á lo largo del esófago y frente el *cardia*.

Todos los enfermos muertos á consecuencia de vómitos me han presentado la tela del paladar, el faringe, el esófago y la *cardia* infartados, con las glándulas y foliculas hinchadas, y dejando rezumar un pus blanco en abundancia; estaban tambien inflamados, negros, y casi gangrenados. Es necesario apresurarse, si el vómito continua, á desembarazar el cuello y los alrededores del cartilago tiróide, con numerosas sanguijuelas, y envolver el cuello con cataplasmas emolientes calientes, rociadas con las mismas tinturas, que la experiencia me ha manifestado ser de una gran eficacia para detener los vómitos y apaciguar los dolores.

Despues del empleo de las sangrías generales y locales, he usado, en casos diferentes, los sinapismos sobre el epigastro; me han curado tres vómitos rebeldes: una sola vez he logrado hacer cesar el vómito colérico con un vejigatorio sobre la region epigástrica; pero siempre despues del empleo de los antiflogísticos, tanto al exterior como al interior. La pomada estibiada opiada me ha ayudado en algunas circunstancias; pero no he podido asegurarme si esta ventaja es debida exclusivamente á este medicamento. He detenido un indomable vómito de esta naturaleza en una judía de Tarnow, con un *seton*; una hora despues de la operacion, el vómito, rebelde á estos medios heróicos, cesó, y la enferma se salvó.

El agua hirviendo, puesta sobre el epigastro, ha quitado un vómito colérico; pero contracciones tetánicas, sobrevenidas despues de esta operacion, me hacen creer que un igual medio no debe usarse, y sí despreciarse. He vencido estas contracciones por otros medios. Es todo lo que puedo exponer de mi práctica y de la mayor importancia en los vómitos coléricos. Resta que explicar cuantas veces no he acertado empleando estos medios: de treinta y ocho enfermos en quienes el vómito era dominante, siete han muerto vomitando, á causa de la gravedad de los demas síntomas que los agobiaban. Sea lo que fuese, estoy satis-